

## CAPÍTULO 6

### RUMBO A ESPAÑA

Daba tumbos por la casa durante horas, preguntándome cómo conseguiría llegar a España. Luego me detuve y miré por la ventana que daba a la calle poco iluminada. Pensé en mi amigo Allen, que tenía el mismo problema hasta que consiguió una declaración jurada de su madre con la fecha exacta de su nacimiento.

Pero mi madre..., descarté esa posibilidad. Nunca le podría explicar que iba a combatir en una guerra. Decidí pedirselo a mi prima hermana, la que me arrullaba cuando era pequeño. Le envié una carta urgente diciéndole que tenía la posibilidad de conseguir un buen trabajo, pero que necesitaba la declaración jurada con mi fecha de nacimiento. Una mentira piadosa. En una semana, recibí la declaración junto a una carta diciéndome lo feliz que estaba de que hubiera encontrado un trabajo en esos tiempos.

El 20 de enero de 1937, con el pasaporte en la mano, crucé toda la ciudad para encontrar el próximo barco que zarpara hacia España. Para mi sorpresa, me informaron de que el Departamento de Estado había decidido prohibir que los americanos utilizaran sus pasaportes para entrar en España.

Mis pensamientos regresaron a la noche frente al muelle, donde contemplé cómo mis amigos partían en el transatlántico francés Normandie. En ese momento no lo sabía, pero junto a Alonzo había cuatro negros más: Walter Garland, Douglas Roach, Ed White y Oliver Law.

¿Qué debía hacer? ¿Cómo llegaría a España? Me dijeron que no era necesario ir directamente, sino que podía viajar hasta Inglaterra o Francia y después ya encontraría la manera. Elegí Francia.

Durante las semanas en las que esperé el barco, leía los periódicos que informaban de que algunos americanos habían participado en la batalla para salvar Madrid. La batalla del Jarama.

Finalmente, el 20 de febrero de 1937, salí de Nueva York a bordo del *Île de France*. De los ochocientos pasajeros, unos trescientos eran

chicos que se dirigían a España a través de Francia. En todos nuestros pasaportes se podía leer: «No válido para España».

El mar estaba muy agitado y durante el horario de la comida el comedor permanecía vacío. Pasaba el rato con uno de mis compañeros de camarote, Herman Bottcher, que también se dirigía a España. Durante la Segunda Guerra Mundial, Bottcher sería condecorado por el ejército de Estados Unidos por su «extraordinario heroísmo y liderazgo en el campo de batalla». Su valentía lo convirtió en uno de los combatientes más aclamados en la contienda del Pacífico, donde murió luchando en el Pacífico Sur.

Mientras nos acercábamos a Le Havre, Francia, una voz anunció por los altavoces del barco unos cuantos nombres de la lista de pasajeros —el mío era el primero— y nos ordenó presentarnos en una sala. Éramos unos trescientos. Un tipo del consulado estadounidense, corpulento y pelirrojo, caminaba por la sala, hablándonos sin rodeos: «Sé que vais a España, pero Francia ya ha cerrado las fronteras». Nos advirtió de que si nos detenían sin dinero en Francia, nos meterían en la cárcel. Y concluyó: «Podéis regresar a Estados Unidos a cargo del Gobierno ahora mismo. Quien quiera regresar, que levante la mano».

De toda la sala abarrotada, solo uno la levantó. Siempre he pensado que ese tipo era un infiltrado. Nadie recordaba haberle visto por el barco durante el trayecto.

El tipo del consulado nos preguntó qué pensábamos hacer en Francia y cuánto dinero teníamos. Le dijimos que éramos estudiantes que íbamos de visita a Alemania, o a Suiza, o a cualquier lugar menos España. No había manera de que pudiera probar lo contrario. Previamente, me había preguntado cuánto dinero llevaba. Admití que solo tres dólares, pero añadí convencido que esperaba una transferencia de mi familia de doscientos dólares, que me llegaría a París.

Los empleados franceses del tren debían de saber que nos estábamos retrasando en el barco, porque esperaron hasta que nos permitieron salir. Los de la aduana, conscientes de adonde íbamos, no miraron en nuestro equipaje, sino que se limitaron a dejarnos pasar con un saludo fugaz.

Mientras el tren marchaba hacia París, me percaté de que ya no estaba mareado. Supongo que el resto se sentía igual, porque nos

apelotonamos en el vagón restaurante. Allí me topé con dos negros a quienes ya había visto en el barco. En el viaje no hablé con ellos porque me dijeron que no hablara con ningún pasajero excepto los de mi compartimento. Ahora saludé a uno de ellos, que se presentó como Vaughan Love y me dijo que era de un pequeño pueblo llamado Dayton, en Tennessee. Recordé que ese era el pueblo del famoso juicio a Scopes, donde Clarence Darrow<sup>34</sup> defendió la enseñanza de la teoría de la evolución en los colegios. La acusación fue llevada por William Jennings Bryan<sup>35</sup>. Este juicio fue posteriormente representado en la obra de teatro *Inherit the Wind*<sup>36</sup>.

Mientras Vaughan y yo hablábamos, vi a su amigo del barco, otro hombre negro alto. Le pregunté:

—¿Quién es el que acaba de entrar?

—Almirante Kilpatrick.

—No, no me refiero al tipo blanco.

—Lo sé —sonrió Vaughan—. Hablo del hombre negro. Ese es el nombre que pone en su pasaporte.

—¡Almirante Kilpatrick! Es la primera vez que veo a un almirante negro.

—¡No! —rió Vaughan abiertamente—, es su nombre de nacimiento.

—¡Ostras, la gente negra tenemos realmente algo especial! ¡Debe de haber historias alucinantes sobre cómo hemos conseguido determinados nombres!

Llegamos a París sobre la una de la madrugada. Arnold Reed formaba parte de la delegación que nos recibió. Le conocía de Nueva York y tengo todos mis respetos para ese hombre que posteriormente murió en España. Los miembros del comité francés, que se harían

34 Clarence Seward Darrow (1857-1938), abogado comprometido con la causa obrera y activista de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles.

35 Tres veces candidato a la presidencia por el Partido Demócrata, fue acusador y testigo principal en el Juicio del Mono (1925), en cuyas sesiones al maestro de escuela John Thomas Scopes fue acusado de infringir la Ley Butler, que prohibía en ese Estado la enseñanza de la teoría de la evolución a los alumnos de las escuelas públicas. A pesar de ganar el proceso, fue ridiculizado por los argumentos del reconocido abogado Clarence Darrow.

36 Cuyos autores son Jerome Lawrence y Robert Edwin Lee. Estrenada en Broadway en enero de 1955, Stanley Kramer dirigió cinco años después la versión cinematográfica.

cargo de nosotros mientras estuviéramos en el país, nos llevaron a varios hoteles en las orillas del Sena.

Aunque era entrada la noche cuando al fin nos instalamos en las habitaciones, algunos querían ver algo de París y decidieron que no había mejor lugar para visitar que el barrio de Chatelet. Allí, los parisinos disfrutaban de una última cena de sopa de cebolla en la famosa plaza del mercado. Pero aquellos chicos no buscaban una buena sopa, sino que en sus cabezas solo tenían una palabra: sexo. Pensaban que era su última oportunidad. De hecho, para muchos, sería así. No me uní al grupo esa noche, pero fui a tomar algo en un café cercano. No me diferenciaba en nada del resto que iba «a la caza». Me embobaba con las hermosas chicas francesas que estaban sentadas tomándose una copa en las primeras horas de la madrugada. Entonces pensé que estaban de «negocios», sin saber que ese era el modo de vida en París.

Mi habitación de hotel daba al Sena. Compartía una gran alcoba, que antes había sido una suite, con un tipo inglés, un alemán y un sueco, todos voluntarios a la espera de entrar en España. Desde la ventana, contemplaba las embarcaciones que circulaban de un lado a otro del río. Más arriba estaba la catedral de Notre-Dame.

Pocas veces me quedaba en la habitación, porque disfrutaba explorando París. Cada día me enamoraba más de la ciudad. Caminaba junto al Sena y miraba los puestos de libros. También observaba a los pintores que dibujaban el río y la gente que paseaba por allí. Pensé en Herman Bottcher y me pregunté si le habrían enviado a España por barco.

Encontré los Campos Elíseos y no daba crédito a que un pobre muchacho del Misisipi pasara por una avenida tan célebre. Fue aquí donde la cantante y bailarina negra Josephine Baker paseaba con los leopardos que tenía como mascotas, escandalizando y emocionando a todo París. A diferencia de la respuesta que estaba acostumbrado a recibir de la gente en América, los parisinos me sonreían y me saludaban por las calles.

Mientras me dirigía al Arco de Triunfo, me detuve en una de las terrazas. Quería pedir un coñac, pero de repente me puse nervioso. ¿Me atenderían? Con sus relucientes y blancos manteles, el café parecía tan lujoso y próspero que dudé en entrar. Por un momento, las caras de la gente eran las mismas que las americanas con las que me había topado toda mi vida.

Desalentado, di media vuelta y empecé a sudar. Los dolorosos recuerdos de ser constantemente rechazado en mi país no me dejaban correr el riesgo de entrar en un café francés por miedo a ser expulsado.

Esa noche dormí mal, con una mancha en mi admiración por la ciudad. Me desperté enfadado conmigo mismo. Por la manera tan amistosa en que se comportaban los franceses en la calle y en cualquier otra parte, seguro que no hubieran rechazado servirme en el café. Estaba permitiendo que el racismo americano dominara mi conducta también fuera del país. Dejé el hotel con la determinación de entrar en un restaurante y exigir que me sirvieran.

Pero cuanto más cerca estaba del café de apariencia lujosa, más lento caminaba. En lugar de entrar, pasé de largo. Mi estómago se removió y pensé que vomitaría. Mi país me había programado para aceptar el estatus de «negrata» y sencillamente no sabía si alguna vez lograría superarlo.

Di la vuelta a la manzana y continué caminando, todavía pensando que debería entrar en el café. Deseé que alguno de mis compañeros de habitación me hubiera acompañado, pero el sueco no hablaba inglés y yo no entendía al alemán, Kurt, con quien me sentía algo incómodo. Me resultaba difícil aceptar que hubiese alemanes que odiaran a los nazis tanto, o más, que yo.

Al inglés solo le entendía a medias. Hablaba tan bien que pensaba que debía de estar relacionado con el cine. Me sorprendí al saber que era judío, ya que pensaba que todos hablaban como los judíos de Nueva York —como Herman—. La voz de mi compañero de habitación sonaba como si fuera el rey de Inglaterra. Estaba aprendiendo tantas cosas de la gente y del mundo que a veces pensaba que la cabeza me iba a explotar. Sabía que tenía que terminar de una vez con el sentimiento de ser solo media persona.

Me había alejado tanto del café que me perdí. Busqué los Campos Elíseos y empecé a enfadarme conmigo mismo. ¿Cómo demonios me enfrentaría a las balas en España si ni siquiera era capaz de enfrentarme a un café repleto de franceses?

Llegué a la plaza de la Concordia y continué caminando sin rumbo fijo. Al pasar por el prestigioso Hotel Crillon, me fijé en un tipo negro. ¡Era el Almirante!

Me detuve sorprendido. Salió del hotel y habló con el portero uniformado y después volvió a entrar antes de que yo pudiera llamarle. No me lo podía creer. ¿Habían alojado a algunos de los voluntarios en aquel hotel de lujo? Parecía poco probable. Pero entonces, ¿qué hacía Kilpatrick allí? Me dirigí a la entrada, incómodo. Si no le hubiera visto entrar, ni se me hubiera ocurrido intentarlo.

Mis pies se hundieron en la tupida moqueta. Los candelabros y los espejos resplandecían. El ambiente olía a riqueza y poder. La gente de un sitio tan elegante no podía simpatizar con el Gobierno democrático español, o eso pensaba yo. Eran unos privilegiados y lógicamente intentarían mantener su estatus.

El Almirante estaba sentado con las piernas cruzadas en uno de los sillones de aspecto prohibitivo. Tenía un periódico frente a su oscuro rostro, aunque no parecía que lo estuviera leyendo. Sus ojos se abrieron de par en par cuando me vio. Se levantó y me dio la mano. De forma inmediata, su voz bajó de volumen hasta susurrar.

—No me digas que te han puesto aquí.

—No —respondí—. ¿Tú te alojas aquí?

—No, no... —dijo dudando—. Demonios, solo me he parado a leer el *Herald Tribune*.

Miraba a la gente que se reflejaba en los espejos. Todo estaba en silencio.

—Vayámonos de aquí.

Fuera, le dijo al portero:

—Bueno, si llega el señor Brown dígame que le he esperado y que me he ido.

—Muy bien, *monsieur*.

A media manzana de allí, empezó a reír:

—Le dije que esperaba al Sr. Brown antes de registrarme. Pero, ¿sabes qué? Hubiera podido registrarme si hubiera tenido dinero. Ayer vi a un chino y a un africano entrar. Sin problemas. El botones cogió sus maletas como lo haría con cualquiera. Sé de cierto que Francia es un país colonialista, pero aquí en París no te espetan que eres un negro y que des media vuelta.

Yo también reía:

—¡Quizá el portero pensó que yo era el señor Brown!

Una vez más los absurdos efectos del racismo nos hicieron reír. Me sentía incómodo, y algo a regañadientes le comenté lo del café. Se ajustó la boina y me soltó:

—Vayamos. Es hora de que sepamos cómo vive el enemigo.

En el café, nos sentamos rodeados de reverencias y de «*oui, monsieur*». Pedimos dos copas, nos acomodamos y disfrutamos mirando a nuestro alrededor. Esa misma tarde nos dijeron que nos prepararíamos para abandonar París a la madrugada siguiente.

A la seis de la mañana dejamos la capital. Todos los voluntarios que nos hospedábamos en el mismo hotel subimos a los autobuses que nos llevarían a la estación. Desde allí, un tren transportaría a los trescientos voluntarios hasta Arlés, en el sur de Francia, a pocos kilómetros de la frontera española.

Mientras el tren entraba en la estación de Arlés, pude oír la música de una banda. Los músicos nos acompañaron mientras desfilábamos fuera de la estación, formando cuatro columnas por la calle principal. Al final estaba el alcalde y todo su séquito. En esa época, Arlés era una de las muchas poblaciones francesas con alcalde comunista.



Durante dos semanas esperamos órdenes. Nuestros aliados franceses, que nos darían la señal para partir, confiaban que la línea de defensa de la frontera que dividía ambos países estuviese menos vigilada. Los soldados galos, con órdenes de respetar el embargo a España, controlaban la frontera. Nuestros dirigentes albergaban pocas esperanzas de lograr infiltrarnos sin necesidad de hacer largas travesías por la montaña. Poco a poco empezamos a darnos cuenta de que tendríamos que escalar.

Gunal, el chico inglés con el que había compartido habitación en París, no dejó de hacer flexiones y abdominales durante todo el viaje. En París, por las mañanas, esperaba educadamente hasta que todos estuviésemos levantados para despejar la zona próxima a su cama y empezar con la gimnasia. Tenía unos diez años más que la mayoría de nosotros. Era bajo, de pecho y estómago amplios, y le costaba subir las escaleras del hotel. En el tren estuvo muy callado y continuó con los ejercicios.

Ahora, en Arlés, apenas dormía. Una mirada de angustia se apoderó de su rostro y una creciente desesperación dominaba sus ejercicios. Aun así, nunca se quejó ante la posibilidad de tener que escalar los Pirineos.



Un atardecer, antes de que se pusiera el sol, montamos en unos autobuses hacia Montille. El secretismo reinaba en el ambiente. Los espías y simpatizantes fascistas podían estar observando nuestros movimientos. En Montille fuimos metidos inmediatamente en coches. A gran velocidad enfilamos la carretera, con interminables hileras de árboles a cada lado. Mirando en línea recta parecía como si hubiese una grande y reluciente flecha que señalara mi destino: España. A pocos kilómetros del lugar al que nos dirigíamos, el conductor informó de que nos seguían. Dijo que eran los del control de fronteras. Pisó el acelerador, pero la gran limusina en la que íbamos quince era demasiado pesada para evadirse de nuestros perseguidores. De repente, paró y nos dijo que corriéramos hacia el bosque. Nos quedamos entre los árboles durante media hora, hasta que vimos acercarse más gente. Para nuestro alivio, comprendimos que eran de los nuestros. El conductor se había equivocado. El coche que nos seguía formaba parte de la caravana de voluntarios que había salido de Arlés.

Surgidos de ninguna parte, dos guías españoles nos condujeron lentamente, paso a paso, a través del bosque hasta que finalmente llegamos a la carretera que marcaba la frontera.

Podía ver la patrulla de control. Estábamos tan quietos que prácticamente se oían los pasos de los guardias. Alcé la mirada por encima de los árboles y aparecieron los Pirineos, imponentes y amenazadores contra el cielo grisáceo. Mi mirada regresó a la patrulla. Dos soldados se cruzaron, continuando su paseo en direcciones opuestas. Resultaba extraño que no se percatase de la presencia de trescientos hombres. Nunca se giraron, como si ya lo supieran. Los guías españoles nos ordenaron cruzar la carretera. Siempre he pensado que los guardas franceses simpatizaban con nuestra causa.

Me sobrecogía el silencio, aunque me sentía seguro junto a los cientos de camaradas que caminaban a mi lado. ¡Al menos ya estaba en camino! Solo unas montañas me separaban de la guerra. Pronto vería a mi colega Alonzo, y probablemente a Herman, a Vaughan Love y al Almirante. Venceríamos. ¿Cómo podíamos perder? Ganaríamos, porque estábamos en el bando correcto, el de los pobres y oprimidos.

Me preguntaba si Alonzo habría estado en el frente de Jarama, en la batalla para liberar Madrid. Los periódicos capitalistas pintaban la guerra como si estuviésemos perdiendo. Muchas veces informaban de que Madrid había caído en manos del general Franco y de las tropas de Mussolini, cuando no era cierto. Eran conscientes de que una rápida victoria fascista ocultaría la naturaleza partidista del embargo. Mientras que a los republicanos se les negaban hombres, armas e incluso material médico, los capitalistas franceses e ingleses no solo daban apoyo moral a los fascistas, sino que les proporcionaban armas, aviones y tanques. Los fascistas, incluida la Alemania de Hitler, recibían suministro de las grandes petroleras estadounidenses. Sin ese apoyo, no hubieran podido mantener su enorme maquinaria de guerra. No creía en los periódicos. Por la experiencia de nuestra marcha a Springfield sabía lo manipuladora que era la prensa. Madrid no caería. La España republicana no caería. Lograríamos establecer más Estados republicanos en el mundo. ¡Quizá incluso en Misisipi!

Al contemplar los Pirineos desde el pie de las montañas hasta su interminable final en el cielo, me invadió la angustia. ¿Cómo lograríamos escalarlas? Estaba completamente oscuro salvo por un tenue claro de luna. ¿Y si alguien se perdía?

Curiosamente, aunque estábamos a tiro de los francotiradores, no sentía miedo. Había experimentado mucho más terror cuando Frank, Elijah y yo nos adentramos por los bosques de Misisipi. Ahora no era momento de huir, sino de levantarse y luchar.



Cuando empezamos a subir, avanzando lentamente, los guías nos ordenaron que nos agarráramos fuerte para no resbalar. Nos llevaban

por los empinados caminos como si fuéramos un rebaño de cabras que tuviese que ir al ritmo del más lento de la fila. Teníamos que confiar en ellos completamente. Sin sus instrucciones, no sabríamos ni dar el siguiente paso.

Frente a mí estaba Gunal, y detrás tenía a Kurt. Repartidas delante de nosotros había otras filas de hombres. Oía que Gunal respiraba con dificultad. A medida que subíamos, cada vez le costaba más. ¿Llegaríamos alguna vez a la cima? Esperaba que no estuviéramos todavía escalando cuando se hiciera de día. Sin el amparo de la oscuridad, seríamos un blanco fácil para los francotiradores y los aviones enemigos. Me obligué a pensar en otra cosa. ¿A Alonzo ya le habrían asignado una columna en el frente? Me preguntaba si Walter Garland y Ed White estarían con él. Gunal, el inglés, tosió y jadeó.

Al rato, resbaló. Algunas piedras se desprendieron y rozaron mis piernas antes de caer al vacío, tardando una eternidad en llegar a la oscuridad del fondo. Nuestra fila se detuvo mientras Gunal intentaba recuperar la marcha. Por un momento, pensé que toda la fila caería. Nos agarramos al suelo rocoso, continuando el ascenso. Aquello tenía que terminarse pronto, pensaba. Estábamos ya muy cansados. Nos habían advertido de que no bebiéramos agua, y tenía la garganta reseca. En ese momento hubiera dado cualquier cosa por un sorbo de agua.

Ya no podía pensar. Aturdido, ponía un pie tras otro siguiendo a Gunal. La pendiente era cada vez más empinada y traicionera. Los minutos parecían horas. Justo cuando empezaba a pensar que no podría dar ni un paso más, alcanzamos la cumbre. Proseguimos por una llanura junto a unas rocas de las que surgía una fuente. Los hombres se abalanzaron hacia el agua. Los guías gritaron, diciéndonos que no bebiéramos, que nos limitáramos a enjuagarnos la boca. Todavía quedaba un largo trecho por escalar. Un camarada desobedeció las instrucciones y un momento después estaba retorciéndose de dolor en el suelo debido a los retortijones. No había mejorado mientras nos preparábamos para proseguir la escalada. Los dolores eran tan intensos que ni siquiera podía levantarse. Los guías movieron la cabeza e indicaron continuar.

—¿Y qué hacemos con él? —pregunté.

—No podemos hacer nada —respondieron.

Lo cubrimos con una manta y lo dejamos allí. Con suerte, se podría unir al siguiente grupo. Seguí al guía en estado de shock. La mayoría estaba en ese mismo estado. Fue nuestro primer encuentro con lo que la guerra es a fin de cuentas: muerte.

Unos minutos después de empezar la segunda etapa de la escalada, tuvimos que deshacernos de gran parte de nuestro equipaje. Los hombres se desprendían de sus mochilas, abrigos, mantas y cualquier otra cosa que aligerara la marcha. Incluso algunos se quitaron los calcetines y los lanzaron a la oscuridad. Yo conservé los zapatos, pero tiré casi todo lo demás. Cuando llegué a los libros —tres maltrechas ediciones de Claude McKay<sup>37</sup>, Gorky y Langston Hughes—, me detuve. Intenté meterlos en los bolsillos, pero parecían de plomo. Los palpé y me quedé con uno, dejando caer los otros dos. La oscuridad se los tragó. Fue como si también arrojara una parte de mí. Más tarde comprobé que el libro que había conservado era el de Langston Hughes.

Al volver a la extenuante pendiente, me sentía todavía peor que antes del breve descanso. Tenía los dedos en carne viva por agarrarme a las rocas y a las ramas de los matorrales.

Puse todo mi empeño en no decaer y me obligué a pensar que todo lo que quería estaba al otro lado de las montañas: no solo la oportunidad de combatir por una vez en mi vida, sino también la poderosa senda que me haría regresar con honor ante mis hijos.

37 Claude McKay (Jamaica, 1889 / Chicago, 1948), escritor y poeta que participó en el Renacimiento de Harlem, autor de la novela *Home to Harlem* (1928).